

CARTAS DESDE LA ISLA DE SKYE

JESSICA BROCKMOLE

Traducción de Santiago del Rey

 Planeta



1

Elsbeth

Urbana, Illinois, EE. UU.

5 de marzo de 1912

Estimada señora:

Espero que no me considere demasiado atrevido, pero quería escribirle para manifestarle mi admiración por su libro *Desde el nido del águila*. Reconozco que no soy muy aficionado a la poesía: es más fácil sorprenderme con un sobado ejemplar de *Huckleberry Finn* o con cualquier historia trufada de fugas y peligros mortales. Pero hay algo en sus poemas que me ha tocado la fibra más que cualquier otra cosa en mucho tiempo.

He estado ingresado en un hospital y su librito ha conseguido levantarme más el ánimo que las enfermeras. Sobre todo, que la enfermera con un bigote como el de mi tío Phil. Ella también me ha toqueteado la fibra como nadie lo había hecho en mucho tiempo, aunque de un modo menos excitante. Por lo demás, estoy dando la lata a los médicos para que me dejen salir y poder volver a mis trapicheos. Justamente la semana pasada pinté de azul el caballo del decano, y abrigaba la intención de concederle el mismo honor a su terrier. No obstante, con este libro en mis manos me quedaré aquí de buena gana, siempre y cuando sigan sirviéndome gelatina de naranja, claro está.

La mayoría de sus poemas hablan de saltar por encima de los temores de la vida y de escalar la siguiente cumbre.



Como seguramente adivinará, hay pocas cosas que a mí me pongan nervioso (aparte de mi hirsuta enfermera y de su insistente termómetro). Pero escribir, así por las buenas, a una autora publicada como usted me parece con diferencia el acto más osado de mi carrera.

Le remito la carta a su editor de Londres, y mantendré los dedos cruzados para que acabe llegando a sus manos. Si alguna vez puedo compensarla por su inspiradora poesía —pin-tando un caballo, por ejemplo—, no tiene más que decirlo.

Con toda mi admiración,

DAVID GRAHAM

Isla de Skye

25 de marzo de 1912

Apreciado señor Graham:

Debería haber visto usted el alboroto que se formó en nuestra diminuta oficina de correos: todo el mundo allí reunido para verme leer la primera carta de un «fan», como dirían ustedes, los americanos. Creo que esa pobre gente pensaba que, fuera de nuestra isla, nadie había echado jamás un vistazo a mi poesía. No sé si les emocionaba más que alguien hubiera leído uno de mis libros o que ese alguien fuese un americano. Ustedes son todos forajidos y cowboys, ¿no es así?

Yo misma admito sentir cierta sorpresa al ver que mis humildes obras han llegado nada menos que a Estados Unidos. *Desde el nido del águila* es uno de mis libros más recientes, y no se me había ocurrido que hubiera tenido tiempo de cruzar el océano. Sea como sea que haya llegado a sus manos, me alegra saber que no soy la única que ha leído el dichoso librito.

Con gratitud,

ELSPETH DUNN

Urbana, Illinois, EE. UU.
10 de abril de 1912

Estimada señorita Dunn:

No sé qué fue lo que me dejó más aturdido: si enterarme de que *Desde el nido del águila* era uno de sus «libros más recientes» o simplemente recibir respuesta de una poeta tan reputada. Sin duda debe de estar usted muy ocupada contando sílabas o confeccionando una lista de relucientes sinónimos (brillantes, centelleantes, deslumbrantes sinónimos). Yo paso mis días robando bancos con James Gang y otros forajidos y cowboys.

Su libro me lo envió un amigo mío que vive en Oxford. Para mi gran consternación, no he encontrado sus obras impresas aquí, en Estados Unidos. Incluso una búsqueda exhaustiva en la biblioteca de mi universidad resultó infructuosa. Ahora que sé que tiene otras obras agazapadas en los anaqueles de las librerías, habré de solicitarle a mi amigo que me envíe más.

Me dejó pasmado leer que la mía era la primera carta que usted recibía de un «fan». Estaba convencido de que sería sólo uno de tantos, razón por la cual me esforcé hasta tal punto en que resultara ingeniosa y fascinante. Quizá otros lectores no hayan sido tan osados (¿o acaso tan impulsivos?) como yo.

Saludos,

DAVID GRAHAM

P. D. ¿Dónde queda exactamente la isla de Skye?

Isla de Skye
1 de mayo de 1912

Señor Graham:

¿Dice que no sabe dónde está mi preciosa isla? ¡Qué absurdo! Es como si yo le dijera que nunca he oído hablar de Urbana, Illinois.

Mi isla se encuentra frente a la costa noroeste de Escocia. Es un lugar salvaje, verde y pagano de tal belleza que no podría imaginarme la vida en otro lugar. Le adjunto un dibujo de Peinchorran, donde yo resido, con mi casita de campo acurrucada entre las montañas que rodean el estrecho. Me permito decirle que, para hacer este dibujo, tuve que bordear el estrecho a pie, ascender penosamente por el camino de cabras de la montaña opuesta y buscar un tramo de hierba que no estuviera cubierto de brezo o excrementos de oveja. Espero que haga usted otro tanto cuando me envíe un dibujo de Urbana, Illinois.

¿Da usted clases en Urbana? ¿O estudia? Me temo que no sé muy bien qué hacen los americanos en la universidad.

ELSPETH DUNN

P. D. Por cierto, es «señora Dunn».

Urbana, Illinois, EE. UU.

17 de junio de 1912

Estimada *señora* Dunn (¡disculpe mi atrevimiento, por favor!):

¿Así que dibuja usted, además de escribir una poesía tan excelsa? El dibujo que me mandó es sublime. Dígame, ¿hay algo que no sepa hacer?

Como yo dibujo pésimamente, le envió unas postales. Una del auditorio de la universidad; la segunda, de la torre de la biblioteca. No está mal, ¿eh? Illinois es seguramente lo más distinto que quepa imaginar de la isla de Skye. No hay ni una sola montaña a la vista. Una vez fuera del campus, no veo más que trigales hasta donde acaba el horizonte.

Supongo que yo hago lo mismo que cualquier universitario americano: estudiar, comer más pastel de la cuenta, mortificar al decano y a su caballo... Estoy terminando mis estu-

dios de ciencias naturales. Mi padre espera que entre en la Facultad de Medicina y que algún día trabaje con él en su consultorio. Yo no veo mi futuro tan claro como él. Por ahora, ¡estoy procurando superar el último curso con mi salud mental intacta!

DAVID GRAHAM

Isla de Skye
11 de julio de 1912

Señor Graham:

«¿Hay algo que no sepa hacer?», me pregunta usted. Bueno, pues no sé bailar. Ni tampoco curtir cuero. Ni fabricar toneles o lanzar un arpón. Y tampoco se me da muy bien cocinar. ¿Me creerá si le digo que el otro día quemé la... sopa? En cambio, sé cantar bastante bien, disparar un rifle sin errar el tiro, tocar la corneta (¿acaso no sabemos todos?), y también tengo algo de geóloga amateur. Y a pesar de que no sabría preparar un cordero asado mínimamente pasable aunque me fuera la vida en ello, sé hacer un maravilloso pudín navideño.

Disculpe mi franqueza, pero ¿por qué dedicar todo su tiempo (y su salud mental) a una área de conocimientos que no le fascina hasta lo más profundo del alma? Si yo hubiera podido ir a la universidad, no habría perdido ni un minuto en una materia que no me interesara.

Me gustaría pensar que habría pasado mis días en la universidad leyendo poesía, pues no hay mejor manera de ocupar el tiempo, pero después de tantos años haciéndome pasar por una «poeta de verdad», no creo que haya mucho que pudiera enseñarme un profesor ahora.

No: aunque suene poco propio de una dama, si hubiera podido habría estudiado geología. Mi hermano mayor, Finlay, anda siempre navegando y me trae piedras que ha pulido el mar. Yo no puedo por menos que preguntarme de dónde

proceden y cómo han acabado llegando a las Hébridias Occidentales.

Bueno, ¡ya conoce mis deseos secretos! A cambio, habré de quedarme con su primogénito, como en el cuento. Aunque supongo que podría conformarme con que me contara un secreto suyo. Si no estuviera estudiando ciencias naturales, ¿qué estudiaría? ¿Qué desearía hacer en la vida por encima de todo?

ELSPETH

Urbana, Illinois, EE. UU.

12 de agosto de 1912

Querida Rumpelstiltskin:¹

Si usted me enseña a tocar la corneta, ¡yo le enseñaré a bailar!

No veo en la geología nada impropio de una dama. ¿Cómo es que nunca escapó de la isla para ir a la universidad? Si yo hubiese vivido en un lugar más interesante geológicamente hablando que la parte central de Illinois, tal vez habría considerado unos estudios de ese orden. Siempre había deseado estudiar literatura americana —Twain, Irving y demás—, pero mi padre se negó a pagarme la matrícula para que me pasara cuatro años «leyendo historias».

¿Qué desearía hacer por encima de todo? Es una pregunta muy sencilla, pero la respuesta no figura entre las que estoy dispuesto a confesar. Me temo que tendrá que aceptar mi primogénito, a fin de cuentas.

DAVID

1. Protagonista de un cuento de los hermanos Grimm, el duende que ayuda a la hija del molinero a convertir la paja en oro para poder casarse con el rey. Ella le promete entregarle a cambio a su primogénito, y el duende regresa en su momento para exigírselo. (*N. del t.*)

Isla de Skye
1 de septiembre de 1912

Señor Graham:

Bueno, ¡ahora sí que me ha picado la curiosidad! ¿Qué es lo que ha ansiado ser desde niño? ¿Capitán de barco? ¿Acróbata circense? ¿Viajante de perfumes? Tiene que decírmelo o empezaré a especular por mi propia cuenta. Soy poeta, al fin y al cabo, y vivo rodeada de gente que cree en las hadas y los fantasmas. Poseo una imaginación muy exuberante.

Me preguntaba usted por qué no fui a alguna universidad fuera de la isla, y debo hacerle una confesión. En fin, es bastante embarazoso, se lo advierto.

Primero, déjeme inspirar profundamente.

Nunca he salido de Skye. En toda mi vida. ¡De veras! El motivo es..., bueno, que me dan miedo los barcos. No sé nadar y me asusta meterme en el agua aunque sea para aprender. Ya me imagino que se habrá caído de la silla, de las carcajadas. ¿Una persona que vive en una isla, completamente aterrorizada por el agua? Pues ya ve. Ni siquiera el aliciente de la universidad bastó para convencerme de que pisara un barco. Ah, lo intenté. ¡De veras que sí! De hecho, había planeado presentarme a un examen para obtener una beca. Ya tenía la maleta preparada y todo. Finlay y yo íbamos a hacer juntos el intento. Pero cuando le eché un vistazo al ferry..., ay, ya no me pareció que la travesía mereciese la pena. Es que no encuentro lógico que los barcos floten en el agua. Y ninguna cantidad de whisky fue capaz de engatusarme.

Bueno, ahora ya posee *dos* secretos míos. Conoce mi absurda pasión por la geología y mi todavía más absurdo temor al agua y los barcos. Ahora ya puede decirme su secreto con toda tranquilidad. De veras puede confiar en mí, aunque sólo sea porque no tengo a quién contárselo (aparte de las ovejas).

ELSPETH

P. D. Por favor, deje de llamarme «señora Dunn».



2

Margaret

Borders

Martes, 4 de junio de 1940

Querida madre:

¡Otra remesa entregada! Juraría que ya no debe de quedar un solo niño en Edimburgo, con todos los que hemos evacuado al campo para mantenerlos lejos de las bombas. Estos tres eran mejores que la mayoría; al menos, sabían sonarse la nariz solos como es debido.

He de dejar instalado a este grupo y luego le prometí a la señora Sunderland que haría una breve visita a su prole en Peebles. ¿Alguna carta de Paul?

Besos,

MARGARET

Edimburgo

8 de junio de 1940

Margaret:

Te estás matando a trabajar. ¡Si acabas de volver de Aberdeenshire! La mayoría de las chicas se quedan fijas en un sitio, enrollando vendas, construyendo acorazados o, bueno, lo que hagan las jóvenes en estos tiempos. En cambio, tú, venga andar de aquí para allá por las tierras escocesas como el flautista de Hamelín, con todos esos pobres niños corriendo detrás. ¿Es que no saben que no distingues un punto car-



dinal de otro? ¿Y que hasta hace muy poco tú misma no sa-
bías sonarte la nariz como es debido?

No, querida, no hay carta de Paul. Ten fe. Si algo puedes
esperar de ese chico, es una carta. Y luego cien más.

Cuídate.

TU MADRE

Todavía en Borders
Miércoles, 12 de junio de 1940

Querida madre:

Si mi mejor amigo puede volar por Europa con la RAF,
¿por qué demonios yo no puedo volar por Escocia?

Pero no has tenido noticias tuyas, ¿no? La gente no para
de repetir que la RAF no estuvo en Dunkerque, pero Paul
me dijo «Volveré en seguida», y no me ha escrito desde en-
tonces. ¿A qué otro sitio podría haber ido? Una de dos: o se
le han acabado los sellos, o no ha vuelto de Francia.

Sin embargo, hago lo posible por no preocuparme, de
verdad. Bastante nerviosos se ponen ya estos pequeños, sepa-
rados de sus madres; no quiero inquietarlos aún más.

Saldré para Peebles por la mañana y después seguiré has-
ta Edimburgo. ¡Tenme preparados té y pasteles de Mackie's!
De lo contrario, quizá me quede en el tren hasta llegar a In-
verness...

Besos,

MARGARET

Edimburgo
15 de junio de 1940

Margaret:

Si hubiera sabido que para atraerte a casa sólo hacía falta
un plato de pasteles de Mackie's, lo habría intentado hace
siglos, ¡con racionamiento o sin él!

Todavía nada de Paul, pero no puedes fiarte del correo en tiempos de guerra. No recuerdo que antes te preocuparas tanto por él. ¿No es sólo un amigo por correspondencia?

TU MADRE

Peebles

Lunes, 17 de junio de 1940

Madre:

Sí, aún estoy en Peebles. Los trenes son un caos y tengo conmigo a una insistente Annie Sunderland, que trata de convencerme para que la meta de rondón en mi maleta y me la lleve a Edimburgo. Cuando la amenazo con pegarle los pies al suelo, me suplica que le cuente otro cuento. Ya la conoces, con esos ojazos castaños. ¿Cómo voy a resistirme? Echa de menos a su mamá, claro, pero la familia con la que están alojados Annie y los niños aquí es una verdadera maravilla. Podré hacerle un buen informe a la señora Sunderland.

Supongo que debería habértelo dicho: Paul podría ser un poquito más que un amigo por correspondencia. Al menos, es lo que él cree. Vamos, él se figura que está enamorado de mí. Yo lo encuentro absurdo y así se lo he dicho. Sólo somos amigos. Amigos íntimos, sin duda. Recordarás que siempre salíamos de excursión o de escalada, y que luego compartíamos un sándwich. Pero ¿enamorados? No te lo había contado antes porque estaba segura de que te reirías. Está diciendo tonterías, ¿no crees?

Debería llegar a casa mañana, o pasado, si es que tengo que hacer a pie todo el camino desde Peebles. ¡Allá vamos!

Besos,

MARGARET

TELEGRAMA DE LA OFICINA DE CORREOS
18.06.40 PLYMOUTH

MARGARET DUNN, EDIMBURGO
MAISIE NO PREOCUPES ESTOY BIEN
BREVE PERMISO EN PLYMOUTH
PENSANDO EN TI
PAUL

¡Madre!

¡Me ha escrito!

He visto el telegrama colocado sobre la mesa y no he podido esperar a que volvieras a casa de la iglesia. Me daba miedo perder el tren hacia el sur. He envuelto bien todos los pasteles. Para él serán un verdadero lujo. Espero que no te importe.

Mi maleta y yo nos volvemos directamente a la estación de Waverley. Te escribiré en cuanto llegue allí.

Me ha escrito.

MARGARET

Edimburgo
18 de junio de 1940

Ay, mi Margaret:

Ya sé que no enviaré esta carta; que acabará en la chimenea en cuanto haya volcado las palabras sobre el papel. Si supieras cómo se me desgarran el corazón al leer la nota que has dejado sobre la mesa, entre las migas del plato de pasteles vacío. Si supieras lo que es correr en busca de alguien para verse durante apenas una pizca de tiempo, cómo deja de girar el mundo, sólo por un instante, cuando estrechas a esa persona entre tus brazos, y cómo después empieza a girar otra vez tan de prisa que te caes al suelo, aturdida. Si supieras

que cada «hola» hace más daño que un centenar de adioses. Si supieras.

Pero no lo sabes. Nunca te lo he contado. Tú no tienes secretos para mí, pero yo he mantenido siempre una parte mía a buen recaudo. Una parte de mí que empezó a arañar la pared el mismo día en que dio comienzo esta otra guerra, que se ha puesto a aullar para salir a la luz ahora, justo el día en que tú has corrido a reunirte con tu soldado.

Debería habértelo contado, debería haberte enseñado a endurecer tu corazón. Haberte enseñado que una carta no siempre es sólo una carta. Las palabras sobre un papel pueden llegarte al alma. Si supieras...

TU MADRE